

LA VERDAD CIEZANA

TOMAS PEREZ CABALLERO.—Fundador y director propietario

Redacción y Administración: Pinos, 1   No se devuelven los originales

GUERRA Y EXTERMINIO

De guerra nos preocupamos ahora todos los españoles, y nada más justificado que nuestra preocupación cuando la acción en Marruecos supone la vida, la salud y la tranquilidad de todo compatriota, y todo género de inapreciables intereses para el presente y el porvenir de la querida patria en el inhospitalario suelo rifeño.

Nosotros también somos de España y por añadidura pertenecemos a las clases de tropa del Ejército: qué de extraño tiene que alentemos sentimientos españolistas, que nos preocupe hondamente, tan hondo como nuestro arraigado patriotismo, y que sin ser críticos de las artes épicas, nos atrevamos a recoger una idea a que tiene derecho el pensamiento libre y le demos forma, aunque pedestre, ante la pública opinión.

Mas no haya miedo de que demos que hacer a la rigida censura bordeando siquiera problemas apropiados para técnicos, ni ataques o revelaciones que por vedados o secretos fueran corregibles; no. Nuestro pensamiento se limita a un extremo sentimental proyecto de solución que entendemos de rigor imperativo como impuesto por el concierto unánime de un plebiscito nacional.

¿Se debe continuar por España la guerra en Marruecos? ¿Debe suspenderse transigiendo con las hárkas en cuanto que inicien su sumisión?

Este es el dilema en que nos colocan las dos tendencias de la mayoría de nuestros conciudadanos en sus contrapuestas deliberaciones.

Yo mismo, dentro de mi insignificancia, recojo con pena la disyuntiva que más bien debiera ser una espontánea coincidencia, y a trueque (claro que está descontado) de que luego, quien pueda haga como guste; yo, en mi libre albedrío, digo que no se puede ni se debe dignamente dejar hasta que esas endiabladas huestes hayan sido exterminadas.

Claro que alguien pensará: ¡será este algún Robespierre! No señor: tirano, no; pero tampoco enano de la Venta.

¡Es que hay razones de sobra para la rudeza más intransigente, y si no, mirad!

En la reciente y espantosa guerra europea, para nadie es un secreto que la única

causa generatriz estribaba en ambiciones de riqueza y de valer que para sí requería el más fuerte y egoísta; nada de idealismos simulados sofisticadamente como reclamo y espejuelo de incautos.

Por el contrario, España, la desventurada, en cumplimiento de pactos con el mundo consciente, intenta llevar a Marruecos auras de civilización, paz que nunca han tenido, amor, prójimo, ciencia, arte y bienestar, y véase el contraste.

Los mahometanos han tenido de España (crédula y confiada) cuanto dinero han pedido con cualquier pretexto, la venta de sus mercaderías, la intervención mercenaria en las tropas destinadas al mantenimiento del orden, atenciones inconcebibles a sus personas y respeto nunca infringido para sus intereses, bajo penas severísimas al español que les causara el más pequeño vejamen.

Y en cambio los sarracenos, ¿qué colista ha seguido para con nosotros? Pues, sencillamente la actitud más contrapuesta. Robos, traiciones, asesinatos, mutilaciones, torturas de todo género y, en síntesis, cuanto de que es capaz el Monstruo más abominable,

Las crueldades y profanaciones de los Rifeños no tenían ejemplo en la Historia, incapaces de consternarse ante el honor de la doncella, el desamparo del niño ó la inflexión de ancianos ó prisioneros, en todo caso humanamente respetados como paréntesis ajenos a luchas y rivalidades.

En fin: piensen ustedes como madres de tantas víctimas, como parientes, como españoles, siquiera como hombres, y la elección no será dudosa.

Dejen, pues, que un super-hombre en Melilla, (el General Cabanillas) se encargue como general de conocer a algunos de los suyos con los anatemas o premios de que sean acreedores; que cualquier solano se cuide de adjetivar a militares o civiles que puedan habernos desgobernado; todo eso será labor de dictadores para post-guerra, pero...

«A los rifeños hay que aplastarlos como a cualquier alimaña, como a perros hidrófobos si se quiere, que nunca serán peores ni más dañinos.»

En la fiesta de los Muertos

Junto a una cruz de palo, mal formada clavada simplemente sobre el suelo una anciana, postrada de rodillas, la tierra animar quiere con sus besos; ¡que aquel polvo, sagrado, hediondo y frío, de seres que adoró, lleva los restos!

Oculto su semblante acongojado, y escasa cabellera, en manto negro, no deja conocer a los que miran ¡aunque a nadie preocupa el mal ageno!... el llanto que surcando va su rostro, y abrasa sus mejillas, como fuego!

Pero al par que solloza y que suspira, de su grande pesar solo reflejo, eleva al Hacedor, santa plegaria, por aquellos que en vida, suyos fueron, y ¡formando su encanto y su ventura, la dejaron el mundo como un sueño!

A su lado una tierna y débil niña, de diez años de edad o alguno menos, se entretiene en tejer una corona, con flores escogidas para ello, pues quiere, que la tumba de sus padres, ostente, de su amor, puro recuerdo!

Mas, la inmóvil el lugar tal extrañeza, la causa tal asombro aquel silencio, que las flores se escapan de sus manos, y siente escalofríos, siente miedo... ¡un vértigo fatal, llegó a turbarle, sus nobles y filiales sentimientos!

Y cogiéndose al cuello de la anciana, que se hallaba extasiada con sus rezos, con voz entrecortada y dolorida, la dijo: ¡Ay, mamá ¡vamos presto: parece que la sombra de mis padres, me llama dando gritos, desde el cielo!

No fué preciso más; se alzó la abuela; contempló de su nieta, el rostro bello; con lágrimas bañó su blanca frente, y dejó presurosa el cementerio, ¡asida de la mano de aquel Ángel, que era toda su dicha y su consuelo!

Un año ha transcurrido desde entonces; la fiesta se celebra de los muertos, se dirige la gente al camposanto a rogar por el alma de sus deudos, y con ella ¡a manera de una sombra también, la pobre anciana vá siguiendo!

¡Y está enferma, y tan vieja y decaída, que parece, en verdad, un esqueleto! cuánto ha sufrido, la infeliz criatura, de su vida en el misero destierro! Hasta el Ángel, que endulzaba su existencia, murió tres días después, del ¡fatal vértigo!

¡Penetra al fin, en la mansión de calma; se dirige a la tumba de sus muertos; rompér quiere a llorar... y ¡ya no hay lágrimas; agotólas con tanto sufrimiento! advierte que la baña un sudor frío... que apenas si latir siente su pecho!...

¡No sabe que la pasa! a Dios invocó... Sus ojos pierden luz, fáltale aliento... y cae, de bracas, sobre aquella fosa, para darle sin duda, el postrer beso!...

¡Su cuerpo, había quedado entre los suyos! El alma, la llamó Dios a su seno!

M. S.

Abarán y octubre 1921

ALFREDO MARIN CANTO

